

echó á andar. Aún no había dado cien pasos cuando se detuvo y se preguntó:

— Pero ¿por qué no me han matado?

Y, no obstante sus coloquios con Euricio acerca de la doctrina cristiana, no obstante lo que Oso le había dicho á las orillas del Tiber y cuanto la noche anterior oyó en el Ostriano, no atinó con la respuesta.

III

No menos confuso y asombrado estaba Vinicio. Que á él, en vez de castigarle por su atentado, le trataran con tantas consideraciones, no le admiraba, porque, al fin y á la postre, personaje era de alta alcurnia y de gran influencia social. Además, algo había de influir en que de tal suerte le trataran, aparte las máximas de la doctrina profesada por aquella gente, el cariño que le tenía Ligia. Pero la conducta observada con Quilón le era incomprensible.

— ¿Por qué no le han matado?— se preguntaba.— A fe, lo hubieran podido hacer impunemente, enterrando después el cadáver en el jardín ó echándolo al río.

Y, en efecto, eran tan frecuentes á la sazón los crímenes, cometidos á veces por el mismo Nerón y los augustales en sus nocturnas agresiones, que nadie se cuidaba de averiguar la procedencia de los cadáveres arrastrados por el Tiber.

Cuanto más Vinicio se enfrascaba en sus reflexiones, mayor era su convicción de que los cristianos, no sólo habrían podido matar al griego sin riesgo alguno, sino de que tenían el derecho de matarle. No era, sin embargo, absolutamente desconocido el sentimiento de la piedad en el ambiente social en que vivía el tribuno. Los atenienses le habían consagrado un templo y por mucho tiempo resistieron á la moda de las luchas de gladiadores. Aún en Roma habían sido perdonados alguna que otra vez los vencidos. Ejemplo de ello, Calícrates, rey de Bretaña, hecho prisionero imperando Claudio, de quien había recibido no sólo la merced de vivir en libertad en Roma, sino cuantiosos bienes. Pero la venganza por ofensas personales era un derecho reconocido en las leyes, y á Vinicio, en este caso, la piedad le parecía algo así como una infracción de las mis-

mas. Cierto, había oído en el Ostriano que la religión de Cristo ordena amar aun á los mayores enemigos; pero, á su juicio, no pasaba de ser ésta una mera máxima filosófica sin posible aplicación práctica.

Recordando que en algunos pueblos estaba vedado pelear durante determinadas épocas del año, atribuyó la magnanimidad de los cristianos á una prohibición semejante. ¿No era posible que en ciertas fiestas, ó en alguna de las fases de la luna, les estuviese prohibido el derramamiento de sangre? Mas, entonces, ¿por qué no habían entregado al griego á la justicia? ¿por qué el Apóstol dijo que á quién siete veces ha pecado siete veces se le ha de perdonar? ¿por qué Glauco exclamó dirigiéndose á Quilón: «Dios te perdone, como yo te perdono»?

En verdad, el griego había hecho á Glauco la mayor ofensa que un hombre puede hacer á otro, y sólo al pensar Vinicio la venganza que tomaría de la persona que, por ejemplo, le matase á Ligia, bullíale en las venas la sangre; habría puesto en tortura el magín para inventar suplicios refinados con que castigarle. Y, sin embargo, ¡Glauco había perdonado! ¡Y había perdonado también Oso, aquel gigante que podía impunemente matar en Roma á quien se le antojase y alcanzar la dignidad de *Rey del bosque de Nemora* (1) que se obtenía haciendo desaparecer del mundo de los vivos al gladiador que lo desempeñaba.

Y de todas estas preguntas y reflexiones sacó en conclusión Vinicio que los cristianos no mataban gracias á una excepcional, á una hasta entonces desconocida bondad; á un ilimitado amor por sus semejantes, que les llevaba á olvidar las ofensas, á sacrificarse, á despreciar su propia felicidad en beneficio de la felicidad ajena. Que recompensa esperasen por su abnegación bien lo había oído en el Ostriano... Pero aquello no podía él comprenderlo. Figurábasele que sería una vida muy mezquina y miserable la que arrastrarían quienes por amor al prójimo renunciaran á riquezas, placeres y hasta á los propios cuidados. Y esta consideración despertaba en su alma un sentimiento de profunda lástima y aún de desprecio á los cristianos. Antojá-

(1) Denominábase así al gladiador más fuerte y valeroso, al que hoy llamaríamos en el lenguaje de *sport*, *primer campeón*. Para obtener esta dignidad había un solo medio: vencer y matar al que la usufructuaba. En otro pasaje de la novela se da á entender con mayor claridad que ese *venturoso* mortal, antes de la tentativa del rapto de Ligia, era Crotón.

bansele ovejas que, más pronto ó más tarde, habían de ser devoradas por lobos, y á su naturaleza genuinamente romana le repugnaba que hubiese alguien capaz de dejarse devorar. Pero no le pasó inadvertida la circunstancia de que después de haber marchado Quilón quedaron los semblantes de los que le rodeaban como iluminados por intenso júbilo. Le impresionó, además, profundamente, ver que el Apóstol, poniendo las manos sobre la cabeza de Glauco, le decía: «¡Cristo ha triunfado en ti!» y que Glauco al oírlas quedaba extático, con el rostro resplandeciente de inefable felicidad.

Vinicio, sólo capaz de comprender el goce supremo de la venganza realizada, no pudo menos de pensar si sería un demente Glauco. Y al presenciar, con profundo disgusto, como acto continuo Ligia besaba la mano de aquel viejo, que tenía las trazas de un esclavo, se convenció de que el mundo andaba trastornado.

Volvió Oso al poco rato y explicó que había acompañado al griego hasta la calle y pedidole perdón por el daño que acaso le hubiera hecho. El Apóstol le bendijo y Crispo exclamó que aquél era día de triunfo.

Estas palabras acabaron de confundir y maravillar á Vinicio. Pero cuando Ligia le acercó á los calenturientos labios una bebida refrescante la cogió de la mano, preguntándole:

— También tú me has perdonado, ¿verdad?

— Somos cristianos y no podemos dar cabida al odio en nuestro corazón.

— Ligia — replicó Vinicio; — quien quiera que sea tu Dios, lo venero porque es el tuyo.

Ella contestó:

— Le honrarás de corazón cuando hayas aprendido á amarle.

— Solo porque es el tuyo — repitió Vinicio con voz débil; y desvaneciósse de nuevo.

Salió Ligia de la estancia; pero volvió en seguida, se acercó al lecho é inclinóse sobre Vinicio para cerciorarse de que dormía. El tribuno, sintiendo la proximidad del ser amado, abrió los ojos y sonrióse.

Entrada ya la noche, aumentóse la fiebre en términos que no lograba conciliar el sueño. Seguía con la vista á Ligia en sus idas y venidas por la estancia, y de tiempo en tiempo caía en somnolencias, tan ligeras, sin embargo, que no dejaba de ver lo que se hacía en la habitación, ni de oír lo que se conversaba, si

bien con las percepciones reales andaban confundidas las fantasías del delirio. Así, encontrósse de buenas á primeras en antiguo y abandonado cementerio, con un templo en forma de altísima torre en el centro. Ligia era sacerdotisa de este templo, y veíala Vinicio en lo alto del mismo, con una lira en la mano, bañada por pálida luz, como las sacerdotisas que había visto en Oriente, cantando himnos en honor de la luna, en plena noche. Iba él subiendo con fatiga las tortuosas y empinadas escaleras al objeto de apoderarse de su amada, y subía en pos de él Quilón, jadeante, castañeteándole los dientes de terror, repitiendo con voz lastimera: «¡No lo hagas, señor!; está consagrada al servicio divino y *Él* la vengará.» No atinaba Vinicio en quien pudiera ser este *Él*; pero comprendiendo que era sacrilego su intento, experimentaba inmensa turbación. En lo alto de la torre descubrió, de pronto, al lado de Ligia, al Apóstol, con su barba plateada, el cual le dijo: «No pongas tus manos sobre ella, pues me pertenece.» Y dicho esto, entrambos ascendieron al cielo como absorbidos por los rayos lunares, mientras el tribuno, tendidos los brazos, les suplicaba que lo llevaran consigo.

En aquel instante despertó Vinicio y paseó con intranquilidad la mirada por toda la habitación. Los cristianos estaban agrupados, calentándose, al rededor del brasero, en el cual algunas áscuas difundían amortiguada luz por la estancia. La noche era tan fría que el joven patricio percibía el vaho de su aliento.

En medio del grupo estaba el Apóstol, quien tenía delante, sentada en un taburete, á Ligia, y á los lados á Oso y á Nazario, el hijo de Miriam, mancebo de rubicundo semblante y de largas guedejas negras, que le caían, cual cascada, sobre los hombros. Ligia, como sus compañeros, escuchaba atentamente con los ojos clavados en el rostro del Apóstol lo que éste decía en voz muy queda. Vinicio púsose á observarle con una especie de terror supersticioso, muy semejante al que había experimentado durante el delirio. Asaltóle entonces la idea de que era verdad lo que había visto en su pesadilla y que aquel anciano había venido de luengas tierras para llevarse á Ligia por caminos desconocidos. Además, se le figuró que el anciano hablaba de él y que sugería á su amada la idea de abandonarle. A Vinicio no se le alcanzaba que pudiera hablarse de otra cosa; pero al prestar atención á sus palabras echó de ver bien

presto que se había engañado. El Apóstol continuaba hablando de Cristo.

— No viven sino de este nombre — pensó Vinicio.

Pedro refería como fué preso el Salvador.

— Llegó tropel de gente: soldados y servidores de los sacerdotes. Al preguntarles el Divino Maestro: «¿A quién buscáis?» contestaron: «A Jesús de Nazaret», y al responderles «Yo soy»; todos cayeron. Levantáronse, repitióles la pregunta, contestáronla, y entonces se dejó prender...

Después de breve pausa, tendiendo la mano hacia el fuego, prosiguió:

— La noche era fría como ésta; pero la sangre ardía en mis venas. Desenvainé la espada y de un tajo corté la oreja á uno de los criados del Pontífice... y con mi vida le habria defendido si Él no me hubiese dicho: «Simón, mete la espada en la vaina; ¿piensas quizá que he de apartar de mi el cáliz que me manda mi Padre?...» Entonces los soldados le prendieron y le ataron...

Al decir esto, el Apóstol se pasó la mano por la frente como si quisiera borrar de ella los recuerdos dolorosos. Oso no pudo contenerse, y, después de atizar el fuego, dijo:

— Pues yo le habria...

No continuó, porque Ligia le impuso silencio, colocándose el índice sobre los labios. Durante buen espacio de tiempo no se oyó más que la respiración jadeante del coloso, débil eco de la tempestad desencadenada en su alma, pues aunque tuviese sumo respeto al Apóstol y le venerase humildemente, la conciencia no le consentía aprobar su conducta en aquella noche terrible. «Si en presencia mia, pensaba, hubiese alguien osado poner las manos sobre el Salvador, soldados, ministros y criados de los sacerdotes hubieran rodado por el suelo hechos trizas.» Y las lágrimas se le agolpaban á los ojos al presentarsele, aunque hipotéticamente, el dilema de tener que reprimir sus impetuosos sentimientos ó de desobedecer los mandatos del Divino Maestro.

Pedro reanudó la narración al tiempo de sobrevenirle á Vinicio otro ligero sopor, en virtud del cual confundíanse en su mente las palabras del Apóstol con las imágenes que en ella habia grabado el relato, oído la noche anterior en el Ostriano, de la aparición de Cristo en la ribera del lago de Tiberiades. Hallóse de pronto en un mar inmenso con una embarcación tripulada solamente por Pedro y Ligia. Nadaba él, Vinicio,

haciendo grandes pero vanos esfuerzos por alcanzarla; los dolores del brazo fracturado no le permitian moverse con desvoltura. La tempestad arrojaba á su rostro olas inmensas, y estaba á punto de sumergirse, y pedía socorro con voz suplicante. Arrodióse entonces la virgen cristiana á los pies del Apóstol, quien hizo virar la embarcación. Vinicio se agarró á un remo, y con la ayuda de Pedro y de Ligia subió; pero apenas estuvo arriba cayó de nuevo, yendo á parar, inerte, al fondo de la nave.

La fantasía le hizo ver entonces una inmensa muchedumbre que nadaba tras la barca de Pedro. Las olas cubrían de espuma la cabeza á muchos. Algunos sólo sacaban fuera los brazos. Pero Pedro salvaba á todos los que estaban á punto de ahogarse y los recogía en la embarcación, que milagrosamente se iba ensanchando. En breve hubo en ella una multitud no menor que la que habia llenado el Ostriano la noche precedente. Preguntábase el tribuno, con estupor, cómo la nave podia, sin naufragar, contener tanta gente. Pero Ligia le tranquilizó, mostrándole sobre una lejana ribera, de pronto aparecida en el horizonte, esplendorosa luz, hacia la cual navegaban.

En este punto el ensueño volvió á confundirse con las cosas oidas en el Ostriano respecto á la aparición de Cristo sobre el lago de Tiberiades. En aquella luz refulgente distinguía Vinicio una figura hacia la cual Pedro dirigía la proa de la nave. Y á medida que se acercaban á la ribera, amortiguábase el viento, calmábase el mar y resplandecía con mayor intensidad la luz misteriosa. La muchedumbre entonaba un himno de esperanza; el ambiente se impregnaba de perfume de nardo; teñíase la superficie de las aguas con los colores del arco iris cual si surgieran de sus profundidades lirios y rosas... Al fin, la embarcación llegó á la orilla. Ligia cogió entonces á Vinicio de la mano, diciéndole:

— Ven; yo te guiaré.

Y enderezó sus pasos hacia la luz.

Despertó de nuevo Vinicio, pero esta vez la visión no se desvaneció de golpe, sino poco á poco. Durante un buen rato creyó encontrarse aún á la orilla del lago, rodeado por la muchedumbre, buscando con ansiedad á Petronio sin lograr hallarlo. La viva llama del brasero, en torno del cual no habia ya nadie, le hizo recobrar por completo el sentido de la reali-

dad. Algunas ramas de pino habían avivado el fuego, y á sus rojizos resplandores pudo ver á Ligia, inmóvil, con los ojos entornados, absorta en sus pensamientos, sentada á la cabecera del lecho.

Esta abnegación le conmovió profundamente. La virgen cristiana, que había pasado la noche anterior en el Ostriano, le velaba mientras los demás dormían; le velaba, á pesar de haberla ofendido gravemente; le velaba, porque su doctrina le imponía este deber.

Al verla con los párpados caídos, las manos cruzadas sobre las rodillas, sintió Vinicio como germinaba en su cerebro de pagano una nueva idea: sobre la belleza griega ó romana levantábase triunfante otra belleza casta, pura y más perfecta: la belleza espiritual. Hubiera deseado, es verdad, que Ligia le cuidara solícitamente, no porque su religión se lo ordenara, sino por amor; pero al pensar esto ocurríasele también que entonces no se hubiera distinguido de tantas otras mujeres, y que él la amaba precisamente por lo que de las demás se distinguía. Esta idea le turbó profundamente, inspirándole sentimientos por completo desconocidos en la sociedad en que hasta entonces había vivido.

Ligia abrió los ojos, y observando que Vinicio la miraba, díjole:

— Estoy contigo.

Vinicio le contestó:

— En sueños he visto tu alma.

IV

Al día siguiente despertó Vinicio muy débil, pero sin fiebre. Parecióle haber oído rumor de voces; pero al abrir los ojos vió que no estaba Ligia á su lado y que Oso, inclinado sobre el brasero, trataba de encender fuego aprovechando el rescoldo, para lo cual soplabá con tanta fuerza como lo hubieran hecho los fuelles de una fragua. Acordándose el tribuno de que aquel hombre había estrangulado á Crotón el día anterior púsose á contemplar con gozo su torso ciclópeo y sus colosales piernas.

— Gracias sean dadas á Mercurio — dijo para sus adentros — que no me ha retorcido el pescuezo ese gigante. ¡Por Polux,

si todos los ligios son como él pondrán más de una vez en aprieto á nuestras legiones danubianas!

Después gritó:

— ¡Hola, esclavo!

Alzó el ligio la cabeza y con apacible sonrisa contestó:

— ¡Dios te conceda muy buen día y te devuelva la salud, señor!; pero te advierto que soy libre y no esclavo.

Vinicio, que deseaba interrogarle acerca de la patria y estirpe de Ligia, sintió viva satisfacción al oír estas palabras, porque consideraba menos denigrante para su dignidad de romano y de patricio departir con un hombre libre, aunque de humilde condición, que con un esclavo.

— ¡Cómo!, ¿no eres esclavo de Aulo?

— No. Estoy al servicio de Calina, como lo estuve antes al de su madre, por mi propia voluntad.

É inclinándose de nuevo sobre el fuego sopló con toda la fuerza de sus pulmones. Alzóse poco después y añadió:

— En nuestro país no hay esclavos.

— ¿Dónde está Ligia? — preguntóle Vinicio.

— Hace un momento que se ha retirado, encargándome que te preparara el almuerzo. Ha velado toda la noche y...

— ¿Por qué no has velado tú en su lugar?

— Porque no lo ha querido, y yo tengo el deber de obedecerla.

Al decir esto, anubló sus ojos la tristeza.

— Si no la obedeciera en todo, tú, señor, ya no vivirías — agregó.

— ¿Te arrepientes de no haberme matado?

— No. Cristo nos veda matar.

— ¿Y Atacino?, ¿y Crotón?

— No pude obrar de otra suerte — balbuceó Oso, mirándose con amargura las manos, aquellas manos que continuaban siendo paganas á pesar del bautismo.

Luego, poniendo una olla á la lumbre, se quedó contemplando la llama, en actitud pensativa. Al cabo, rompió el silencio diciendo:

— Tuviste tú la culpa, señor. ¿Por qué osaste poner las manos sobre ella, sobre la hija de un rey?

Estas palabras ofendieron el orgullo de Vinicio. ¿Cómo un plebeyo, un bárbaro, se atrevía á hablarle de aquella manera, á reprochar sus acciones? A las muchas cosas inverosímiles y

peregrinas que la noche anterior presenció, había que agregar ésta. No obstante, el deseo de conocer ciertos pormenores de la vida de Ligia le contuvo en los límites de la prudencia.

Calmada la irritación, hizo contar la guerra de los ligios contra Vannio y los suevos; pero apenas pudo añadir Oso noticia alguna de interés á lo que Aulo Plaucio había referido á Vinicio. Sin embargo, escuchábase éste con suma atención y complacencia, pues no dejaba de alhagar su orgullo de patricio el ver confirmado por ocular testigo el origen real de su amada. Hija de rey, podía ocupar en Roma lugar tan distinguido como las más encumbradas matronas, mayormente no habiendo hecho nunca su pueblo armas contra Roma y siendo, en verdad, temible por poseer numeroso y fortísimo ejército, según testimonio de Atelio Cistero, que corroboró Oso expresándose de esta manera:

— Nuestro país es tan vasto, que nadie conoce sus confines. La población es muy densa, y aunque generalmente vive en ciudades de madera levantadas en medio de los bosques seculares, no nos faltan riquezas porque despojamos á los sennones, marcomanos y cuados de cuanto recogen en sus correrías. Esos son nuestros tradicionales enemigos; pero ceden siempre que invadimos su territorio, sin atreverse á tomar más represalias que la de incendiar nuestros bosques cuando el viento sopla del lado de sus fronteras. Nosotros no les tememos, como tampoco nos infunden ningún temor los emperadores romanos.

— Los dioses han otorgado á Roma el señorío del mundo — observó en tono severo Vinicio.

— Los dioses no pasan de ser unos espíritus malignos — replicó Oso con ingenuidad — y donde los romanos no se bastan á sí mismos no hay soberanía romana.

Y, mientras atizaba el fuego, prosiguió diciendo en voz baja, como si hablase consigo mismo:

— Cuando el César dispuso que mi señora y reina fuese llevada al Palatino, temeroso de que pudiera correr algún grave riesgo, concebí el propósito de marchar á mi país para pedir socorro á los ligios, quienes, sin duda, habrían bajado hacia el Danubio, porque son muy generosos, aunque paganos... si bien ya me habría cuidado yo de llevarles la buena nueva... y quizás aún lo haré en no lejano día... Si Calina llega á ser restituida á Pomponia, me postraré á sus pies y le suplicaré me deje ir allá, porque Cristo nació muy lejos y nada saben de Él mis compatriotas... Ciertamente, sabía mejor que yo donde le con-

venía nacer; pero si hubiese venido al mundo en medio de nuestras selvas, no le habríamos martirizado y crucificado... ¡oh, no!... antes bien le habríamos cuidado amorosamente, procurando proveerle en abundancia de caza, setas, pieles de castor y ámbar y entregándole cuanto arrebatáramos á los suevos y á los marcomanos, á fin de que pudiese vivir opulentamente, como un rey.

Cuando la sopa estuvo hervida, la vertió en una escudilla, diciendo al propio tiempo:

— Glauco ha encargado que te muevas lo menos posible y que tengas inmóvil aún el brazo sano; por esta razón Ligia me ha ordenado que yo mismo te lleve á la boca la comida.

Sentóse después al lado de la cama, y metiendo una tacita en la escudilla, la llenó de sopa y la acercó á los labios del tribuno. Ponía en esta tarea tanta solicitud y dibujábase en sus ojos azules tan apacible sonrisa, que Vinicio apenas podía creer que aquel cariñoso enfermero fuera el terrible gigante estrangulador de Crotón, que le hubiera hecho trizas á él á no interponerse Ligia; y por primera vez el joven patricio pensó que también un hombre vulgar, un criado, un bárbaro, podía poseer alma racional.

Pero el ligio no se mostraba tan mañoso como solicitado en su femenil ocupación. Desaparecía la vasija entre sus manazas, de suerte que apenas dejaba espacio para los labios de Vinicio. Después de varias tentativas infructuosas, el titán se dió por vencido y dijo:

— ¡Ah! ¡Más quisiera verme obligado á coger un *auroch* (1) por las astas y derribarlo!

El efecto cómico que producía la situación embarazosa del gigante no fué óbice á que dejara estupefacto á Vinicio esta exclamación. Había visto á menudo, en los circos, ejemplares de aquellos terribles animales traídos de las selvas del Norte, ante

(1) Especie de toro de gran corpulencia y ferocidad, que se distingue, además, por su frente cóncava, más ancha que alta, su color negro, sus cuernos dirigidos hacia adelante y luego encorvados hacia arriba, el vello cesposo que cubre la cabeza y cuello del macho, su agilidad y su voz, que parece más bien un gruñido que un mugido. Esta especie va desapareciendo lentamente, y apenas si se hallan algunos ejemplares de ella en los grandes bosques de Lituania, en los montes Karpatos y en el Cáucaso.

los cuales temblaban los más valientes y famosos gladiadores, pues solo cedían en tamaño y bravura á los elefantes.

—¡Qué! ¿Acaso has cogido alguno por los cuernos?—le preguntó.

—Hasta que hubieron pasado veinte inviernos sobre mi cabeza, les tuve miedo; pero después medí con algunos mis fuerzas.

De nuevo acercó la taza á los labios de Vinicio, pero con más torpeza.

—Tendré que llamar á Miriam ó á Nazario—dijo suspirando.

Mas en aquel momento, separando la cortina, asomó por la puerta de su *cubiculo* el rostro pálido de Ligia.

—Voy en seguida—manifestó con sencillez.

No tardó en salir la candorosa virgen que sin duda se disponía para descansar, pues llevaba suelta la cabellera y vestía la túnica á que los antiguos daban el nombre de *capitium*. A Vinicio, al verla, le latió con mayor fuerza el corazón. Con todo, la reprendió cariñosamente por no haberse acostado todavía. Ella le contestó:

—Iba á hacerlo en este momento; pero conviene que ahora reemplace á Oso.

Y, cogiendo la vasija, la acercó á los labios de Vinicio, quien á un tiempo se sentía sumiso y feliz. Muy pronto rehusó el alimento, y, por más que la presencia de Ligia era su mayor consuelo, dijole:

—Basta. Ahora vete á dormir, diosa mía.

—No me llames así—contestó ella.—No debo oír estas palabras.

Y, sonriendo, añadió que no tenía sueño ni se iría á descansar hasta la vuelta de Glauco.

Vinicio, con el corazón rebotante de afecto y gratitud, escuchaba sus palabras como si fueran música dulcísima.

—¡Ligia!—le dijo después de breve silencio—no te conocía; pero demasiado he comprendido ya que elegí mal camino para llegar hasta ti. Convencido de mi error, te digo ahora: Vuelve á casa de Pomponia Grecina, en la seguridad de que tu persona será para mí sagrada.

Nube de tristeza obscureció el semblante de Ligia.

—Me alegraría mucho—repuso ella—de verla, aunque fuese desde lejos; pero no puedo volver á su casa.

—¿Por qué?—preguntó Vinicio.

—Los cristianos sabemos por Actea lo que ocurre en el Palatino. ¿Ignoras tú, por ventura, que poco después de mi fuga, estando el César á punto de partir para Nápoles, llamó á Aulo y á Pomponia y les amenazó con terribles castigos por suponerles cómplices míos? Afortunadamente, Aulo pudo responder: «Bien sabes, señor, que jamás mi boca ha mentido. Pues bien: te juro que no hemos favorecido su fuga, ni sabemos dónde se halla.» El César le dió crédito y pocos días después había olvidado el asunto. Por consejo de los presbíteros nunca he escrito á Pomponia, á fin de que siempre pudiese jurar que nada sabía de mí, pues á los cristianos nos está prohibido mentir. Únicamente por rumores sabe mi madre que me hallo en seguridad.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al pronunciar estas palabras; pero en el acto se tranquilizó y dijo:

—Sé que Pomponia sufre mucho por mí; pero tenemos los cristianos consuelos desconocidos de los demás.

—Lo sé. Vuestro consuelo es Cristo; pero no acierto á comprenderos.

—Fijate bien, Vinicio: para nosotros no existen separaciones, ni torturas, ni sufrimientos, porque las adversidades se nos convierten en manantial de goces. La misma muerte, que á vosotros os parece el término de la vida, no es para nosotros sino el principio de ella, el tránsito de este valle de lágrimas á la felicidad eterna. Piensa cuan fortalecedora y santa ha de ser una doctrina que nos ordena amar á los enemigos, nos prohíbe mentir, nos purifica el alma de odios y rencores y nos promete la felicidad eterna después de la muerte.

—Lo oí en el Ostriano y después he visto que cumpliais estas máximas conmigo y con Quilón. Sin embargo, me parece estar soñando y casi no me atrevo á dar fe á mis ojos y á mis oídos. Pero dime: ¿eres así feliz?

—Sí. Quien cree en Cristo no puede ser desgraciado.

Vinicio la miró con extrañeza, como si lo que acababa de decirle estuviese fuera del alcance de la humana razón.

—¿Y no deseas volver al lado de Pomponia?

—Con toda mi alma lo deseo; y volveré, si ésta es la voluntad de Dios.

—Pues vuelve á su casa; te juro por mis lares que no te haré el menor daño.

Ligia estuvo un instante pensativa y al cabo dijo:

— ¡No! En manera alguna debo poner en peligro á mis protectores. Plaucio no es persona grata al César. La noticia de mi regreso se esparciría por toda la Ciudad; sabría la Nerón por sus esclavos, y, caso de no castigar severamente á los Aulo, exigiría al menos que yo le fuese de nuevo entregada.

— Si — contestó Vinicio frunciendo el entrecejo; — lo haría, aunque no fuese sino para demostrar que no consiente sean desobedecidos sus mandatos. Pero, indudablemente, no se ha acordado más de ti porque en tu fuga ve más bien una ofensa á mi dignidad que un desacato á sus órdenes, y aun es probable que, apenas en su poder, te pusiera á mi disposición; entonces yo podría devolverte á Pomponia.

— ¡Vinicio! ¿Quisieras verme de nuevo en el Palatino? — le preguntó ella con acento de tristeza.

— ¡No! ¡Tienes razón!... He hablado como un mentecato. ¡No!

En aquel momento le fué dado comprender cuán insensata había sido su anterior conducta, cuán inicuos sus actos de violencia. Á no seguir los consejos de Petronio, á dejarla tranquilamente en casa de Aulo, habría podido casarse con Ligia, sin exponerla á terribles peligros; comprendió también con extraordinaria clarividencia toda la abyección del mundo romano, y no pudo menos de parangonarla con las virtudes cristianas. ¡El! patricio y tribuno militar, hombre autoritario y poderoso, tenía que contar con la aquiescencia de un loco de atar, ante quien todos temblaban, para poder realizar actos de la vida privada, y se sentía infeliz y humillado en medio de la opulencia y de los esplendores del señorío, mientras los cristianos ni temían á Nerón ni de él se curaban para nada, porque los bienes terrenos, las torturas físicas y morales no eran para ellos sino medios de purificarse y ganar la gloria eterna, única cosa que apetecían, norte de sus ilusiones, guía de su conducta.

Dominado por estas reflexiones dijole á su amada:

— Eres mucho más feliz que yo, Ligia. En medio de la pobreza, en esta casucha, entre esas gentes de humilde condición, posees algo que te hace dichosa: la fe en Cristo y su doctrina. Para mí, en el mundo sólo existes tú, y después de haberte perdido me consideraba como un miserable sin pan ni hogar. Te amo con delirio. Te buscaba, robando horas al sueño y privándome de asistir á banquetes y festines, porque la vida, sin ti, me

es odiosa. Á no tener la esperanza de hallarte, me hubiese hundido cien veces la espada en el pecho. Y, sin embargo, temo la muerte, porque la muerte me privaría del goce inefable de contemplarte... ¿Te acuerdas, Ligia, de nuestras pláticas en casa de Aulo? Un día trazaste sobre la arena la imagen de un pez y no comprendí su significado... ¿Recuerdas aquella deliciosa tarde en que jugamos á la pelota? Vino Aulo mientras departíamos junto al surtidor del jardín, é interrumpió nuestra conversación exhortándonos á que nos preserváramos de los peligros de Libitina. Al despedirnos, Pomponia dijo á Petronio que existe un solo Dios omnipotente, justo y misericordioso; no se nos ocurrió entonces que ese Dios era Cristo... ¡Que me conceda la gracia de hacerte mía y le adoraré!, si bien le considero como el Dios de los esclavos, de los extranjeros y de los mendigos... Estás á mi lado y sólo piensas en Él; piensa también en mí, Ligia mía, si no quieres que le deteste... ¡Seas mil veces bendita! ¡Quisiera postrarme ante ti, adorarte como á una diosa, ofrecerte sacrificios!...

Vinicio hablaba con exaltación, pasándose la mano por la frente pálida, entornando los ojos. Ni en el amor, ni en el odio, admitía freno su natural fogoso, arrebatado.

Sus palabras sonaban en los oídos de Ligia como profanación sacrilega. Sin embargo, la ingenua doncella sentía el corazón inundado de tierna piedad por aquel hombre que la amaba con frenesí; y al verle trémulo, angustiado, enfermo, suplicante, rendido, experimentaba emoción inefable. ¡Así hubiera querido verle siempre, así le hubiera amado con toda el alma!

Pero no tardó en darse cuenta de que podía aquel amor profano envolverla y arrastrarla como un torbellino, y su alma retrocedió espantada como si hubiese llegado al borde del abismo. «¿Para acabar cayendo en tan negra sima se habría fugado y sufrido tantas penalidades, se habría ocultado en los barrios más pobres de la Ciudad? Al fin y al cabo, ¿quién era Vinicio?: un augustal, un soldado, un cortesano de Nerón, el hombre beodo que en el banquete imperial gozaba participando de la depravación palatina; un pagano que hacía sacrificios á los falsos dioses en quien no creía. Ciertamente, su carácter había cambiado; pero ¿no le había dicho que si pensaba más en Cristo que en él, detestaría á Cristo? ¡Jamás! La sola idea de un amor que no fuese el amor de Jesús constituía un pecado contra Él y su santa doctrina. Este pensamiento la hizo estremecer de pies

— ¡No! En manera alguna debo poner en peligro á mis protectores. Plaucio no es persona grata al César. La noticia de mi regreso se esparciría por toda la Ciudad; sabrjala Nerón por sus esclavos, y, caso de no castigar severamente á los Aulo, exigiría al menos que yo le fuese de nuevo entregada.

— Si — contestó Vinicio frunciendo el entrecejo; — lo haría, aunque no fuese sino para demostrar que no consiente sean desobedecidos sus mandatos. Pero, indudablemente, no se ha acordado más de ti porque en tu fuga ve más bien una ofensa á mi dignidad que un desacato á sus órdenes, y aun es probable que, apenas en su poder, te pusiera á mi disposición; entonces yo podría devolvarte á Pomponia.

— ¡Vinicio! ¿Quisieras verme de nuevo en el Palatino? — le preguntó ella con acento de tristeza.

— ¡No! ¡Tienes razón!... He hablado como un mentecato. ¡No!

En aquel momento le fué dado comprender cuán insensata había sido su anterior conducta, cuán inicuos sus actos de violencia. Á no seguir los consejos de Petronio, á dejarla tranquilamente en casa de Aulo, habría podido casarse con Ligia, sin exponerla á terribles peligros; comprendió también con extraordinaria clarividencia toda la abyección del mundo romano, y no pudo menos de parangonarla con las virtudes cristianas. ¡El! patricio y tribuno militar, hombre autoritario y poderoso, tenía que contar con la aquiescencia de un loco de atar, ante quien todos temblaban, para poder realizar actos de la vida privada, y se sentía infeliz y humillado en medio de la opulencia y de los esplendores del señorío, mientras los cristianos ni temían á Nerón ni de él se curaban para nada, porque los bienes terrenos, las torturas físicas y morales no eran para ellos sino medios de purificarse y ganar la gloria eterna, única cosa que apetecían, norte de sus ilusiones, guía de su conducta.

Dominado por estas reflexiones dijole á su amada:

— Eres mucho más feliz que yo, Ligia. En medio de la pobreza, en esta casucha, entre esas gentes de humilde condición, posees algo que te hace dichosa: la fe en Cristo y su doctrina. Para mí, en el mundo sólo existes tú, y después de haberte perdido me consideraba como un miserable sin pan ni hogar. Te amo con delirio. Te buscaba, robando horas al sueño y privándome de asistir á banquetes y festines, porque la vida, sin ti, me

es odiosa. Á no tener la esperanza de hallarte, me hubiese hundido cien veces la espada en el pecho. Y, sin embargo, temo la muerte, porque la muerte me privaría del goce inefable de contemplarte... ¿Te acuerdas, Ligia, de nuestras pláticas en casa de Aulo? Un día trazaste sobre la arena la imagen de un pez y no comprendi su significado... ¿Recuerdas aquella deliciosa tarde en que jugamos á la pelota? Vino Aulo mientras departamos junto al surtidor del jardín, é interrumpió nuestra conversación exhortándonos á que nos preserváramos de los peligros de Libitina. Al despedirnos, Pomponia dijo á Petronio que existe un solo Dios omnipotente, justo y misericordioso; no se nos ocurrió entonces que ese Dios era Cristo... ¡Que me conceda la gracia de hacerte mía y le adoraré!, si bien le considero como el Dios de los esclavos, de los extranjeros y de los mendigos... Estás á mi lado y sólo piensas en Él; piensa también en mí, Ligia mía, si no quieres que le deteste... ¡Seas mil veces bendita! ¡Quisiera postrarme ante tí, adorarte como á una diosa, ofrecerte sacrificios!...

Vinicio hablaba con exaltación, pasándose la mano por la frente pálida, entornando los ojos. Ni en el amor, ni en el odio, admitía freno su natural fogoso, arrebatado.

Sus palabras sonaban en los oídos de Ligia como profanación sacrilega. Sin embargo, la ingenua doncella sentía el corazón inundado de tierna piedad por aquel hombre que la amaba con frenesi; y al verle trémulo, angustiado, enfermo, suplicante, rendido, experimentaba emoción inefable. ¡Así hubiera querido verle siempre, así le hubiera amado con toda el alma!

Pero no tardó en darse cuenta de que podía aquel amor profano envolverla y arrastrarla como un torbellino, y su alma retrocedió espantada como si hubiese llegado al borde del abismo. «¿Para acabar cayendo en tan negra sima se habría fugado y sufrido tantas penalidades, se habría ocultado en los barrios más pobres de la Ciudad? Al fin y al cabo, ¿quién era Vinicio?: un augustal, un soldado, un cortesano de Nerón, el hombre beodo que en el banquete imperial gozaba participando de la depravación palatina; un pagano que hacía sacrificios á los falsos dioses en quien no creía. Cierto, su carácter había cambiado; pero ¿no le había dicho que si pensaba más en Cristo que en él, detestaría á Cristo? ¡Jamás! La sola idea de un amor que no fuese el amor de Jesús constituía un pecado contra Él y su santa doctrina. Este pensamiento la hizo estremecer de pies